

Construcción social del acontecer (epistemología y práctica del periodismo)

Carlos Lozano Ascencio (URJC)

carlos.lozano@urjc.es

y Juan Antonio Gaitán Moya (UCM)

gaitanmoya@ccinf.ucm.es

Introducción

Esta comunicación forma parte de los fundamentos epistemológicos de una investigación en curso: *El discurso hegemónico a propósito de “la verdad” y “la comunicación”*: lo que dicen los MCM sobre la comunicación social (SEJ2007-62202, Proyecto I+D dirigido por José Luis Piñuel), y de un estudio sobre las coordenadas históricas de la práctica del periodismo, vistas desde un modelo teórico de la comunicación que da nombre al Grupo inter-universitario al que pertenecen sus autores: el MDSC (Mediación Dialéctica de la Comunicación Social. <http://www.ucm.es/info/mdcs/>).

La construcción del acontecer se establece para el sujeto desde sus condiciones de existencia, es decir, si el sujeto se siente concernido al percibir cambios del entorno y tener que reaccionar ante las quiebras del acontecer anticipado según márgenes de previsión. Las condiciones de existencia y márgenes de previsión adquieren niveles de complejidad crecientes a medida que las actuaciones de los sujetos se proyectan en ámbitos espaciales y temporales cuya extensión y durabilidad son compartidas socialmente, e igualmente los márgenes de previsión también son compartidos para afrontar las quiebras del acontecer. En publicaciones anteriores (*Diálogos de la Comunicación*, septiembre-diciembre 2007 N° 75) hemos presentado esquemas que nos han servido para sintetizar la extensión, durabilidad y previsión de los “acontecimientos imprevistos” (o extraordinarios) que constituyen las noticias en el periodismo.

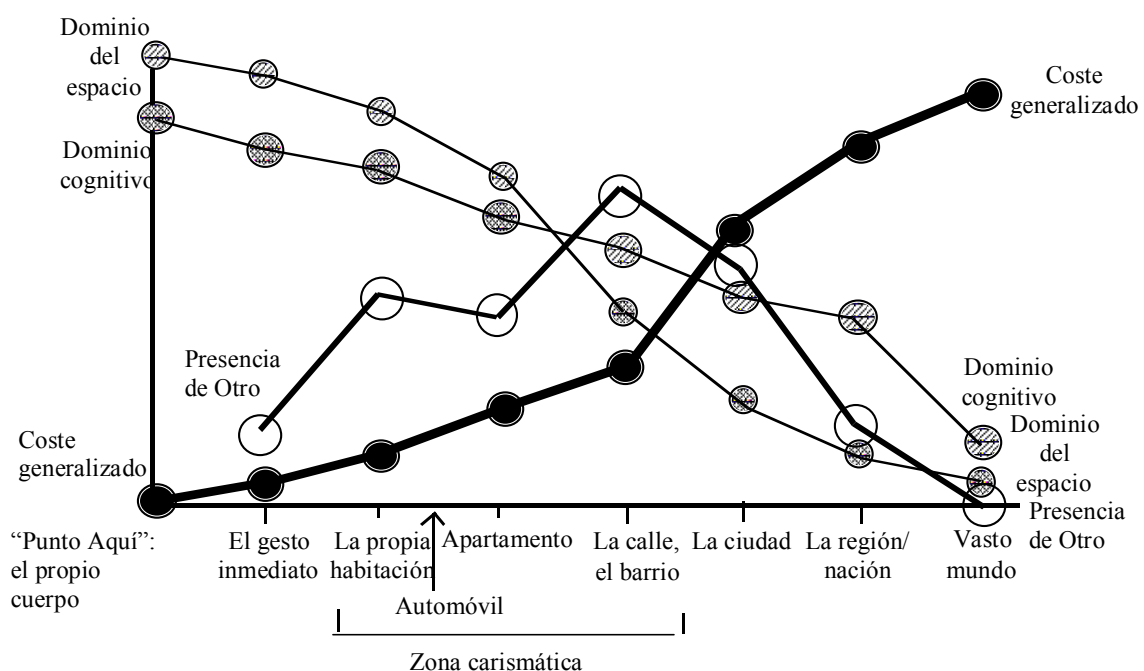
En esta comunicación vamos a fijarnos en las condiciones sociales de existencia que históricamente se van imponiendo a los sujetos. Sin estas condiciones los sujetos no podrían ubicarse espacio temporalmente ni, en consecuencia, proyectar reacciones propias, individuales o colectivas, frente a acontecimientos imprevistos. Esta proyección resulta limitada y cerrada por las condiciones sociales de existencia, las cuáles siempre preceden al individuo y siempre perduran cuando el individuo desaparece. Estas condiciones sociales van a ser contempladas fijándonos, primero, en su aprendizaje

individual; segundo, en la forma de su puesta en práctica en los grupos sociales; y tercero, en su regulación normativa institucionalizada.

1. Entornos espaciales y temporales del acontecer

¿Existe una estructura del acontecer posible (de ser percibido, representado y pautado) conforme al dominio social de existencia histórica en curso? El sujeto humano aprende a ubicarse en entornos espaciales y temporales en los que encuadra su actividad previsible a corto, medio o largo plazo. Abraham Moles (1972) llamó “caparazones de la existencia” a la acumulación de entornos superpuestos a partir de un “punto aquí” donde habría que situar a cada sujeto, y cuyos límites para cada entorno, desde el más próximo al más alejado, darían como resultado la superposición de estos caparazones como las capas de una cebolla o de una alcachofa. Al interior de cada uno de estos caparazones, el sujeto aspira a gestionar un orden de actuaciones conforme al cual prever cambios y/o adaptarse a éstos. El coste de esta gestión viene determinado por el dominio cognitivo y el dominio efectivo de cada uno de los entornos, así como por las distancias de sus límites respecto al “punto aquí” y la presencia de otros sujetos que cooperen o dificulten ese dominio (ver Fig. 1).

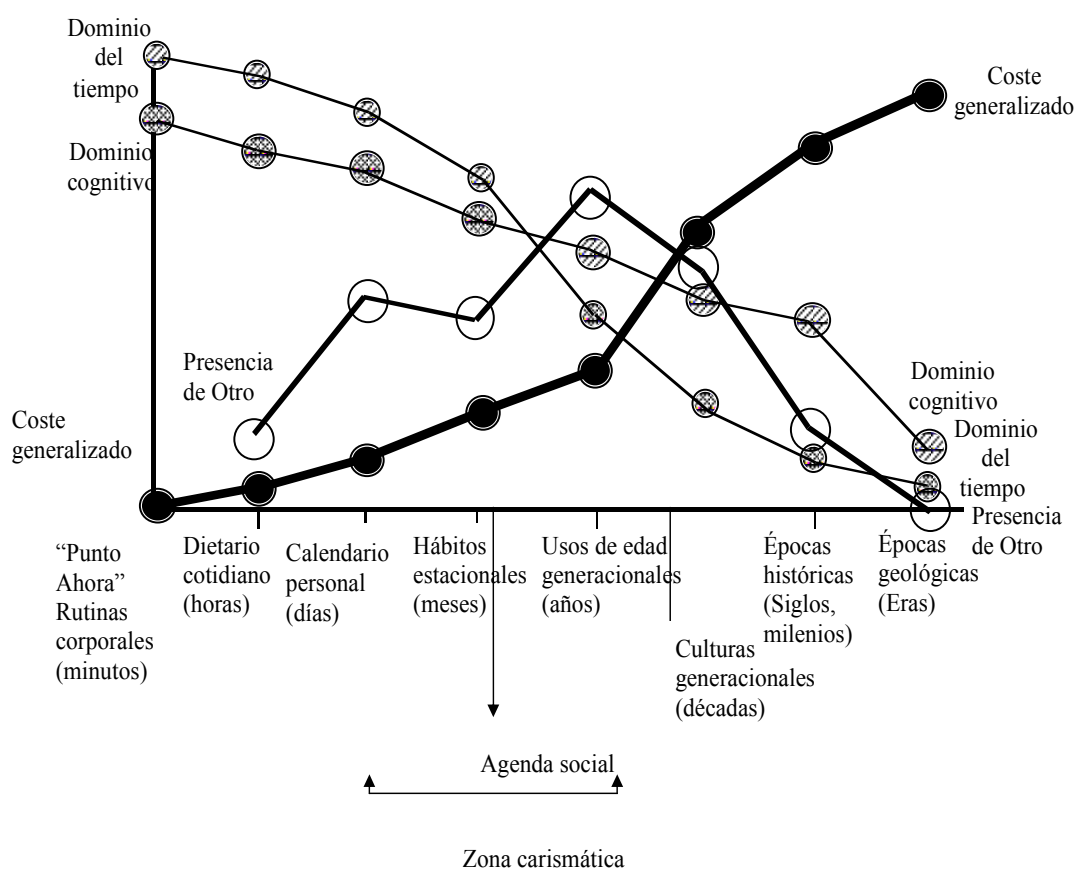
Figura 1: Caparazones de la existencia referidos a diferentes dimensiones de espacio



Cada uno de estos entornos es gestionado en función de la previsión de sus cambios, como ya hemos expuesto en “Incertidumbre y comunicación. Dominios de supervivencia y estructuración del acontecer” (*Diálogos de la Comunicación*, 2007 N° 75). La previsión de cambios se realiza tomando en cuenta el orden que los esquemas, revisados permanentemente por los sujetos, permite anticipar. Esta previsión se establece conforme a los dominios de existencia que la vida en sociedad va imponiendo; y que comprenden regulaciones, decisiones y puestas en práctica de alternativas de comportamiento frente a los diferentes entornos. Por tanto, la previsión de cambios (propios y del entorno) acompaña a la actividad del sujeto, el cual percibe, participa y se crea expectativas respecto al curso del acontecer susceptible de ser inscrito en esos entornos espaciales, considerados por Moles.

Ahora bien, el curso del acontecer no puede ser representado sin referencia al tiempo y el esquema de Moles se refiere sólo al espacio. ¿Existe la posibilidad de representarse “caparazones de la existencia” referidos a diferentes dimensiones de tiempo? ¿Los “caparazones de la existencia” se superpondrían también a partir de un origen limitado a la intimidad temporal del sujeto? ¿Cuáles serían entonces los intervalos del curso temporal del acontecer que habría que considerar respecto a la gestión de los dominios de existencia, tomando como punto de origen el “punto ahora”? (Ver Figura 2)

Figura 2: Caparazones de la existencia referidos a diferentes dimensiones de tiempo



El “punto ahora” supone tomar en cuenta dimensiones que deben ser medidas desde el origen por unidades temporales: minutos, horas, días, etc. O sea, que si el punto de origen es el sujeto que aspira a gestionar sus actuaciones, los entornos temporales deben remitir a su duración, como los entornos espaciales remitían a su extensión, y en el artículo citado de *Diálogos* se exponía la explicación y justificación de los vectores e intervalos de la Figura 2. Ahora bien, estos esquemas están referidos a “cáscaras” espacio-temporales cuyos contenidos, desde el origen del punto aquí y del punto ahora, son gestionados por el sujeto conforme a guiones previstos para su propia actividad, la cual remite a tales espacios y tiempos como sus condiciones de existencia. Sin “actividad” no hay espacios ni tiempos aprehensibles para el sujeto.

Las acciones planificables por el sujeto se integran en esquemas de comportamiento cuya ejecución, rutinaria o no, cuenta con marcos espacio-temporales en su previsión, y cualquier trasgresión de estos marcos provoca un suceso inesperado o extraordinario. Los “caparazones de la existencia” en los que mejor puede el sujeto

evitar la quiebra del curso del acontecer, son aquellos sobre los que más fácilmente puede ejercer personalmente su dominio cognitivo y efectivo, con menor coste generalizado, e imponiendo un orden espacial y temporal más seguro. Si este orden no es mantenido, el sujeto estará “a merced de los acontecimientos” es decir, a merced de que el curso previsto de su actividad se interrumpa, se malogre, e incluso se tenga que posponer. Por esta razón el orden que el sujeto trata de imponer cognitiva y efectivamente sobre los entornos espacio-temporales donde realizará su actividad, se convierte en una resistencia al cambio imprevisto, es decir, en una imposición de rutinas.

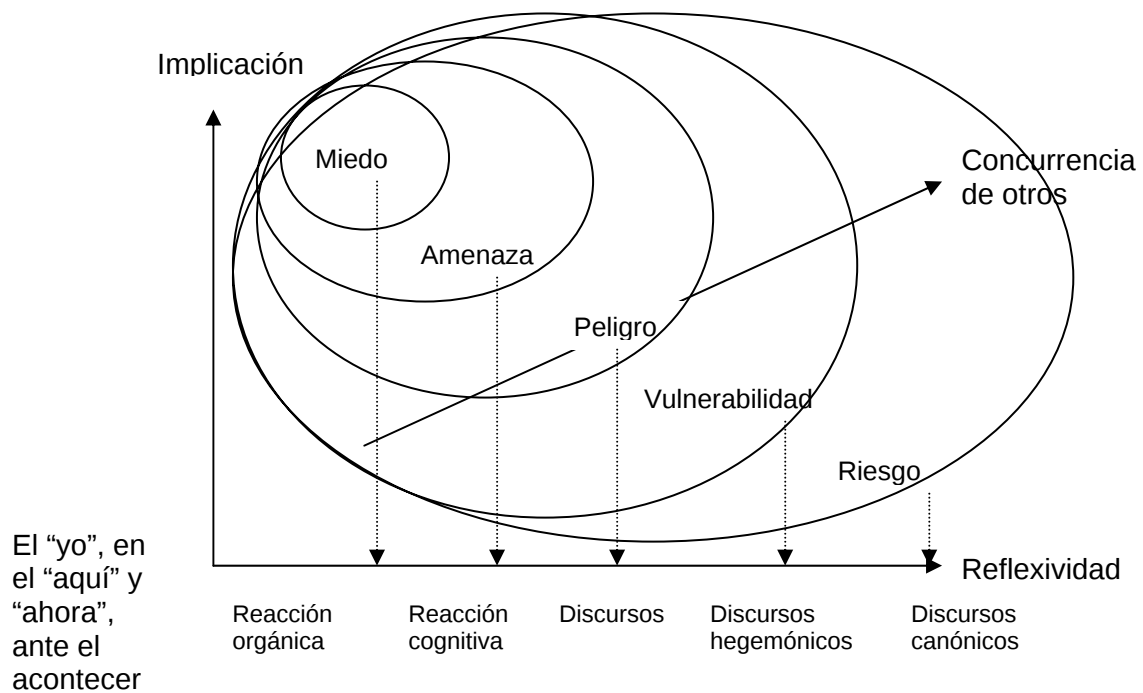
La imposición de rutinas y la resistencia al cambio, manteniendo la vigilancia de los entornos donde deba desarrollarse la propia actividad, se debilitan cuando el dominio cognitivo y efectivo del entorno espacio-temporal va siendo menor, porque aumenta la extensión de los entornos, la duración de las actividades a ser realizadas (o su dilación a un plazo determinado) y la presencia de “otros” interviniendo en el curso del acontecer. En tales circunstancias el sujeto se ve obligado a evitar las quiebras del acontecer tratando de prevenirlo en aquellos entornos más alejados de su capacidad de control. Es obvio que el sujeto no puede lograrlo si no está a su alcance, y es el dominio social de existencia, en continuo cambio, el que va proporcionando recursos sociales de gestión de los entornos espacio-temporales donde las costumbres van consolidando rutinas y previsiones sociales contra las quiebras del curso del acontecer.

Las quiebras del acontecer se perciben de forma distinta dependiendo de los márgenes entre los cuales sitúa el sujeto sus previsiones. Si los márgenes son extremos, desaparece la percepción de amenazas o de riesgos asociados a las quiebras del acontecer; si el sujeto se sitúa en un margen intermedio de previsión, las quiebras del acontecer se perciben como amenazas o como riesgos a los que el sujeto se enfrenta. Y aquí radica la fuente de incertidumbres para las meta-representaciones de los discursos, sean o no vigentes, que circulan por las redes interpersonales de relaciones entre los sujetos.

Ahora bien, también expusimos en el artículo citado cómo el sujeto siempre se sitúa dentro de unos márgenes de previsión conforme a diferentes grados de la intensidad con que experimenta la implicación personal frente al acontecer, y conforme

a diferentes intervalos o dilaciones de reflexividad entre los estímulos y las reacciones que pone en juego. Ver Figura 3

Figura 3: Caparazones de incertidumbre y provisión de respuestas ante las quiebras del acontecer



En esta figura, el punto de origen es el “yo” en el “aquí” y “ahora” ante las quiebras del acontecer que comprometen diferentes tipos de reacciones del sujeto. La urgencia de estas reacciones adquiere diferente naturaleza en función de la intensidad con que se desencadenan y en función de la complejidad con que se emprenden. Cuanto más inmediata es la urgencia de la reacción, menor es la complejidad, y a la inversa, cuanto mayor es la complejidad en la construcción de la respuesta, menos urgente aparece la reacción. De lo contrario, estaríamos condenados a no poder reaccionar ante los acontecimientos si el mayor grado de complejidad se correspondiese con la mayor urgencia. Por tanto, en la figura 3 hemos convenido en establecer la “urgencia” y la “complejidad” con esta relación inversa, recurriendo a las nociones de “implicación” y “reflexividad”. Cuando la “urgencia” en la reacción no procede de un capital cognitivo que se mantiene consciente, sino de una reacción orgánica inconsciente, no hablamos de “amenaza” sino de “miedo”, reacción emocional que sólo experimentan aquellos seres vivos, como los mamíferos, cuyo desarrollo cerebral (presencia del sistema límbico) ya

dispone de ajustes de comportamiento instintivos (llamados “pautas fijas de acción” comunes a la especie) que a diferencia de otros seres vivos con pautas fijas de acción heredadas, ya involucran emociones. Las emociones sirven precisamente para mejorar las reacciones orgánicas de urgencia con descargas de sustancias neurotransmisoras como las endorfinas. Más allá de la percepción de “amenazas”, el capital cognitivo necesario para construir respuestas del sujeto, según el esquema de la Figura 3, adquiere mayor complejidad, que procede de las mediaciones interpuestas entre la reacción y la respuesta del sujeto, entre el organismo y la construcción social del comportamiento. Así, un “peligro” se percibe cuando se dispone de “discursos” que categorizan los rasgos asociados a situaciones no suficientemente previstas (por ejemplo, las reacciones culturales frente a emergencias climatológicas, como las sequías). Históricamente hay discursos disponibles por los sujetos que se imponen de forma hegemónica, unas veces como consecuencia de ideologías dominantes, otras veces como consecuencia de hábitos culturales que terminan extendiéndose en el ámbito de los grupos humanos, etc. Cuando algún discurso se hace hegemónico, las previsiones asociadas a las quiebras del acontecer sirven para confirmar alguna “vulnerabilidad” a la que conviene prestar atención prioritaria con el objeto de evitar “riesgos”, los cuales ya sólo se sustancian si el discurso hegemónico se convierte en un “discurso canónico”, o ejemplar, al cual la sociedad debería plegarse mediante la adopción de determinados protocolos de previsión o afrontamiento. Por ejemplo, *Una verdad incómoda* de Al Gore, ha sido un discurso audiovisual que consiguió su hegemonía social con el Oscar de Hollywood y logró su canonicidad científica en la 27ª reunión del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) reunida recientemente en Valencia.

En todos estos intervalos de menor a mayor complejidad, interviene una mediación creciente de procesos previos de comunicación, de interacciones sociales recursivas que imponen mayores plazos de tiempo entre la implicación y la reflexividad y que provocan dilaciones superiores de respuesta, cada vez menos inmediata. En consecuencia, la “conurrencia de otras personas” necesariamente indispensables para llegar a la percepción y previsión de “riesgos” aumenta considerablemente tal y como queda consignado en la Figura 3. La implicación, por consiguiente, decrece a medida que aumenta la reflexividad de las mediaciones y la necesaria concurrencia de otras personas, grupos, instituciones, formaciones sociales, etc. E inversamente, la reflexividad de las mediaciones resulta menor mientras la urgencia de la implicación sea

mayor. Finalmente debemos añadir que estos nuevos “caparazones de incertidumbre” se tornan en “caparazones de supervivencia” que, en nuestro dominio social de existencia, se asemejan a las capas de una cebolla o de una alcachofa: puede sentirse “miedo” sin percibir una “amenaza”, “peligro”, “vulnerabilidad” y “riesgo”; pero no se puede reflexionar sobre “riesgos” que no contengan en su génesis hetero-referencias a la “vulnerabilidad”, auto-referencias al “peligro”, percepciones de “amenazas” y reacciones emocionales de “miedo”.

Es obvio que los MCM logran intervenir tanto más sobre la imposición de discursos hegemónicos (construyendo la imagen de la “vulnerabilidad”) y de discursos canónicos (contribuyendo a establecer protocolos de afrontamiento frente a los “riesgos”), cuanta más referencias al “peligro” proponen y cuantas más percepciones de “amenazas” representan en sus relatos, hasta provocar las reacciones originarias de “miedo” en aquellas personas más desvalidas ante la complejidad de los discursos, como es el caso de los niños. Es ilustrativa, a este respecto, la pregunta que un niño le hacía a su padre tras haber visto un reportaje sobre el “cambio climático”: “Papa, ¿es verdad que nos vamos a morir quemados por el calor?”.

2. El cambio histórico en los esquemas compartidos del afrontamiento ante las quiebras del acontecer

El capital cognitivo disponible para el sujeto no está desligado de su momento histórico. Este capital cognitivo es provisto por los esquemas de actuación aprendidos por la interacción con otros sujetos, según diversas rutinas desarrolladas en un entorno históricamente cambiante a través de una lenta y compleja evolución de los *hábitat*, desde la naturaleza virgen hasta la urbanización actual; y una lenta y compleja evolución también de los intervalos temporales que las medidas del tiempo han ido haciendo posible, desde la recursividad del día y las estaciones, hasta los relojes atómicos de la actualidad.

Comparando guiones disponibles en diferentes épocas históricas (o en un mismo momento temporal guiones de diferentes culturas), y comparando la adquisición de rutinas a lo largo de la vida del sujeto, se advertirá que la adopción de rutinas requiere forzosamente que sobre el capital genético se vayan incorporando diferentes niveles de aprendizaje de capital social.

Podemos examinar diferencias entre ciertas rutinas vigentes hoy día y las vigentes de hace veinte siglos, comparando los guiones disponibles en cada época. Así, si examinamos las anticipaciones y las quiebras del acontecer para una actividad como, por ejemplo, la deposición fecal en el lugar y tiempo apropiados al guión disponible en cada época, una actividad como ésta puede inscribirse, hoy día, en el “punto aquí” de los “caparazones espaciales” (Figura 1) referidos al “propio cuerpo/cuarto de baño”; y en el “punto ahora” de los “caparazones temporales” (Figura 2) referidos a “unos minutos” que nunca van a formar parte de la “agenda social”. La actividad prevista, hoy día, vería comprometida su estabilidad si esta rutina orgánica se viera amenazada (Figura 3) conforme a lo previsto por:

- el estreñimiento corporal que prolonga la duración de la actividad,
- la carencia de papel higiénico que altera la feliz resolución de la rutina, o
- la puerta que no cierra y altera la privacidad, etcétera.

Pero hace veinte siglos, en la cultura urbana del Imperio romano, esta rutina corporal se realizaba en un lugar público de encuentro y conversación, que físicamente se estructuraba en una amplia habitación a lo largo de cuyas paredes se disponían los evacuatorios, unos al lado de otros, conformando un espacio de asientos de piedra con su propio sumidero cada uno (Imagen 1); el tiempo que en aquel momento era necesario para desarrollar la rutina corporal correspondiente, era el que se requiriese tanto para la satisfacción de la necesidad fisiológica, como el que se precisara para la conversación. La quiebra de lo previsto conforme al guión socialmente disponible entonces, tendría que ver con:

- la urgencia orgánica y la disponibilidad de un asiento libre en el evacuatorio público,
- la presencia de otro con quien no se desea un encuentro,
- la lejanía donde está sentado aquel con quien se desea conversar, etcétera.

La superación de dependencias y la adquisición de autonomía para esta rutina corporal supone, en ambas épocas, el aprendizaje infantil del control de esfínteres, pero en el Imperio romano la superación de dependencia y la adquisición de autonomía para esta rutina corporal requerían además el aprendizaje social ligado a un escenario públicamente abierto; mientras que, hoy día, la superación de dependencia y la

adquisición de autonomía para esta rutina corporal están basadas en el blindaje de la privacidad asegurada mediante espacios destinados a ella: el servicio público referido a esta rutina corporal consiste en ofrecer la privacidad mediante cabinas individuales que el usuario pueda clausurar.

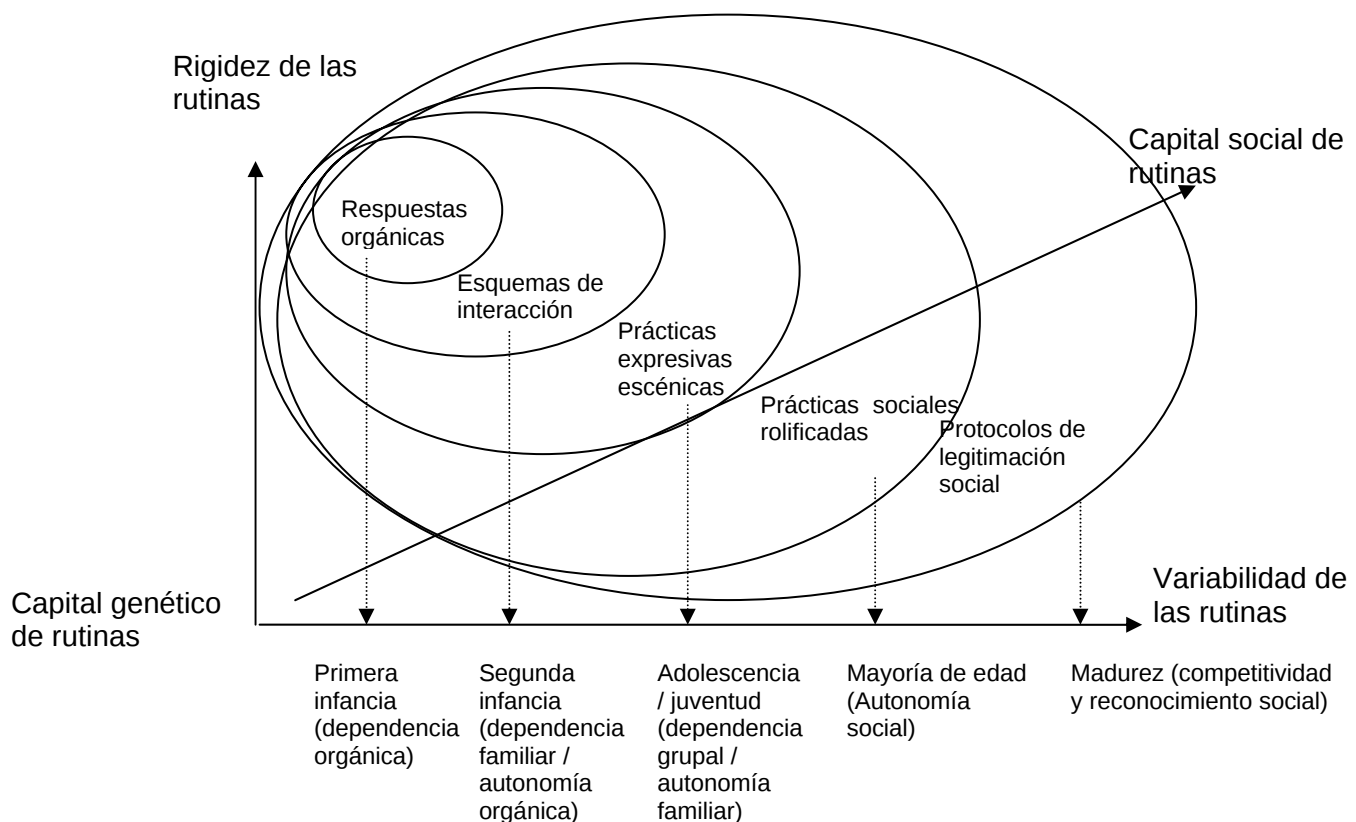
Imagen 1. Letrinas públicas en las ruinas de Ostia y cabinas sanitarias en una plaza europea



También culturas diferentes en un mismo momento temporal, proveen diferentes respuestas que son habilitadas para actividades similares, sean del tipo que sean; así, ciertas rutinas relativas al cuidado corporal, como el adorno, resultan socio-culturalmente vigentes y coetáneamente diferentes, a pesar de la globalización actual en el planeta. También es cambiante la adquisición histórica de tales rutinas a lo largo de la vida del sujeto, el cual comienza por aprender, primero, rutinas asociadas a funciones corporales (control de esfínteres, ritmos biológicos de alimentación, actividad y descanso, destrezas posturales y habilidades motoras, etc.) y posteriormente rutinas asociadas a lugares, tiempos y escenas que pueden hacerse presentes en esquemas de interacción que el niño aprende a anticipar cuando reconoce a un personaje; o viceversa, personajes que pueden hacerse presentes en la mente del niño cuando reconoce un esquema de interacción vinculado a un lugar, a un tiempo o a una escena, etc.; y así sucesivamente, hasta adquirir destrezas rutinarias de actuación vinculadas a la construcción de la propia identidad y diferencia y, finalmente, al desempeño de papeles sociales (Cfr. Piñuel J. L. y Lozano A. Carlos. *Ensayo general sobre la comunicación*, Capítulo 3, Paidós, Barcelona, 2006). Podría, pues, representarse también un esquema de “caparazones de aprendizaje” partiendo de un origen situado en los límites de la corporalidad y en la inmediatez de respuestas reflejas, hasta alcanzar, en sucesivas capas

concéntricas, caparazones referidos a escenarios comunitarios y al desempeño de papeles de actuación prescritos para ser interpretados en escenarios institucionales. En la Figura 4 se representa la sucesión de estos caparazones tomando como origen el primigenio y escaso capital genético de respuestas a estímulos del entorno y contemplando la adquisición de rutinas, desde las más rígidas y limitadas, asociadas a respuestas orgánicas, hasta las más variables y flexibles vinculadas a la competencia y legitimación social.

Figura 4. Caparazones de aprendizaje de rutinas: superación de dependencias y adquisición de autonomía.



En esta figura se representa la relación que puede establecerse entre rigidez y variabilidad de las rutinas que integran el capital disponible por los sujetos para situarse en los caparazones espaciales y temporales anteriormente mencionados. Si estas rutinas se quiebran cuando el sujeto se dispone a ejecutarlas, se provocan percepciones y apreciaciones del acontecer que desestabilizan su comportamiento. Frente a estas quiebras, el margen de previsión y recuperación de estabilidad depende del capital

disponible. Si este capital es sólo genético (por ejemplo, los arcos reflejos) las rutinas y la recuperación de estabilidad son muy rígidas y limitadas (por ejemplo, el aprendizaje por acondicionamiento). A medida que las rutinas se hacen más flexibles y variadas requieren forzosamente que sobre el capital genético se vayan incorporando aprendizajes de:

1. Esquemas de interacción (por ejemplo, demandas e imitaciones de refuerzo en la gestualidad infantil);
2. Prácticas expresivas vinculadas a escenarios comunitarios (por ejemplo, jergas asociadas a juegos o al trato con los iguales en la adolescencia);
3. Prácticas sociales basadas en el desempeño de roles (por ejemplo, fórmulas de tratamiento vinculadas a jerarquías, como en el ejército); y, finalmente,
4. Prácticas institucionales. Por ejemplo, las formalidades prescritas (como el “compromiso de fidelidad” en las bodas) para la legítima ejecución de ceremonias (como en los casamientos católicos) que adquieren por ello una validez ritual que desaparece si la ceremonia fracasa por fallos de protocolo.

Es sabido que si las rutinas consisten en respuestas orgánicas motoras, sus quiebras adquieren una resolución satisfactoria para el sujeto a medida que éste generaliza o especializa la respuesta distanciándose de los estímulos y, gracias al refuerzo (positivo o negativo), consolida la innovación que supone el acondicionamiento. Esto ocurre en la primera infancia (primeros seis meses de vida) y el sujeto muestra una dependencia orgánica en su aprendizaje. Cuando el bebe comienza a desarrollar esquemas de interacción, progresa en su autonomía orgánica pero muestra una dependencia nueva de los entornos donde su interacción se lleva a cabo: hogar, jardín de infancia, etc. Con el lento aprendizaje de la expresión oral (por ejemplo, turnos de palabra) y posteriormente de la expresión escrita (por ejemplo, reconocimiento de sí mismo al firmar un texto) el sujeto adquiere la capacidad de constituirse en “sujeto de la enunciación”, desprendiéndose de la dependencia de las acciones en curso; para el adolescente, las quiebras entre discurso y acontecer atañen a la verdad/falsedad (vg. lo que se dice de lo que ocurre), a lo bueno/malo (vg. lo que conviene hacer tras lo que se dice) y a lo atractivo/repulsivo (vg. cómo se dice lo que se hace). A partir de entonces el aprendizaje social de rutinas para afrontar las quiebras del acontecer se efectúa por la mediación de discursos socialmente disponibles que se van haciendo hegemónicos, en unos casos y, finalmente, canónicos. A este resultado, históricamente siempre en proceso de cambio,

contribuyen poderosamente los MCM. La práctica social del periodismo, de la que no pueden prescindir los MCM, es la que aporta mayor capital social de conocimientos y competencias en sus discursos, para el aprendizaje permanente que el sujeto efectúa con el fin de desenvolverse en el medio social.

Conclusión: discurso periodístico y quiebras del acontecer.

En esta exposición hemos ilustrado cómo el aprendizaje social provee al sujeto de los recursos cognitivos (conocimientos) o las habilidades (competencias) que le permitirán desenvolverse en el medio social. La vida social, no se olvide, se estructura de acuerdo a interacciones que históricamente se han pautado en forma de reglas no escritas (cultura) que dan lugar a costumbres y hábitos sociales más o menos cambiantes. Mediante la enculturización y la socialización, a las cuales contribuyen de manera muy relevante los MCM, la práctica del periodismo se ocupa de proveer al sujeto de gran parte de aquellos recursos y habilidades para desenvolverse en el medio social y afrontar las quiebras del acontecer. Esta perspectiva epistemológica permite explicar cómo la construcción social de la agenda del acontecer, reproducida por el discurso del periodismo, lleva a las audiencias a confiar en aquellos discursos que sirven para afrontar las quiebras del acontecer de esa agenda, primando, en unos casos, lo que se dice de lo que ocurre (la verdad/falsedad); en otros, lo que conviene hacer tras lo que se dice (lo bueno/malo); y finalmente, en otros casos, cómo se dice lo que se hace (lo atractivo/repulsivo). Este es el objeto de estudio de nuestra investigación en curso: *El discurso hegemónico a propósito de “la verdad” y “la comunicación”: lo que dicen los MCM sobre la comunicación social* (SEJ2007-62202, Proyecto I+D dirigido por José Luis Piñuel); y estas son las variables que consideramos más pertinentes para estudiar la naturaleza del enfoque o encuadramiento (*framing*) del discurso sobre el acontecer en la práctica periodística.

Madrid, noviembre de 2007

Bibliografía:

- Baudrillard, J. (1984): *Cultura y simulacro*. Kairós.
- Böckelmann, F. (1983): *Formación y funciones sociales de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Curran, J.; Gurevitch, M.; y Woolacott, J. (comps.) *Comunicación de masas y sociedad*. México. F.C.E.
- Gerbner, G.(1969) "Toward 'cultural indicators': the analysis of mass mediated public message systems". En G. Gerbner otros (comps.): *The analysis of communication content*. N. York, Wiley, 123-132.
- Katz, E.; Blumler, J.G.; y Gurevitch, M. (1973) "Uses and gratifications research". *Public Opinion quarterly*, 37,4, 509-523.
- Luhmann, N. (1998) *Complejidad y Modernidad. De la Unidad a la Diferencia*, Ed. Trotta, Valladolid.
- Luhmann, N., (1997) *Organización y Decisión. Autopoiesis, acción y entendimiento comunicativo*, Ed. Anthropos, Barcelona.
- McCombs, M.E., y Shaw, D.L. (1972): "The agenda-setting function of mass media". *Public Opinion quarterly*, 36, 16-187.
- Moles, A. y Rhomer, E. (1972) *Psychologie de l'espace*, París, Casterman.
- Mondelo González, E. y Gaitán Moya, J.A. (2002): "La función social de la televerdad". *TELOS, Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad*, 53, 2º época, Octubre-diciembre: 35-43.
- Newcomb, H.M. (1993) "La creación del drama televisivo". En K.B. Jensen y N.W. Jankowski (eds.): *Metodologías cualitativas de investigación en comunicación de masas*. Bosch Comunicación, 116-133.
- Noelle Newmann, E. (1974) "The spiral of silence: a theory of public opinion". *Journal of Communciation*, 24 (2), 43-51
- Piñuel Raigada J. L. y Lozano Ascencio, C. (2006): *Ensayo General sobre la Comunicación*. Barcelona, Paidós /Papeles de Comunicación
- Piñuel Raigada, J.L. (1989) *La Expresión. Una introducción a la Filosofía de la Comunicación*. Madrid: Ed. Visor
- Piñuel Raigada, J.L. (1997) *Teoría de la Comunicación y Gestión de las Organizaciones*. Madrid: Ed. Síntesis
- Piñuel Raigada, J.L. y Gaitán Moya, J.A. (1995) *Metodología General. Conocimiento científico e investigación en la Comunicación Social*. Madrid: Ed. Síntesis
- Weaver, D.H., Graber, D.A. McCombs,M. y Eyal, Ch.H. (1981): *Media Agenda-Setting In a Presidential Election: Issues, Images and Interest*. New York. Praeger.